

un hambre tal, que no pudiendo sufrir más, imploró la misericordia de los romanos que tantas veces había insolentemente escarnecido; y Simón, después de haber combatido cuanto pudo contra su mala fortuna, se les rindió. Este fué reservado para el triunfo, y Juan condenado á cárcel perpetua».

Lo repito y jamás sabré encarecerlo bastante; un judío, un judío pronunciado por su nación; un judío que por su rango, sus talentos militares, su reputación, su elocuencia, por la benevolencia y consideración que le tuvieron Tito y los generales romanos, era el más capaz de alejar tan grandes males, ó de contener su curso; he aquí el judío que ha escrito lo que se acaba de leer. Jerusalén deicida sufre un castigo más terrible y prolongado del que haya padecido ciudad alguna del Universo. En vano la impiedad, en su rabia contra el Crucificado, irá á revolver las páginas más sangrientas de la historia, pues nada hallará que pueda formar paralelo con el terrible cuadro que se ha desarrollado á nuestra vista. Una sola cosa me admira, y es, que esta espantosa justicia, cuyos golpes ha hecho sentir la mano de Dios sobre la criminal Jerusalén, no espante en nuestros días ni á los pueblos ni á las ciudades, que á su ejemplo se han atrevido y se atreven aún á gritar hasta en las plazas públicas: «No queremos que este Dios reine sobre nosotros, ni él ni los que pretenden reinar por su gracia: no tenemos otro rey que al que nos hemos hecho, otro rey que el César».

En efecto: estos judíos ingratos tuvieron este César, que por más generoso y clemente que les parecía, no dejó de tolerar impunemente á sus soldados que abrieran en canal el vientre de los sitiados para buscar el oro. También ordenó la destrucción de la ciudad hasta sus cimientos, la demolición del templo y el cautiverio de noventa y siete mil hombres, después de haber consentido el degüello de los más débiles y de los viejos.

Así fueron robados, saqueados y acuchillados aquellos que á la presencia de Pilatos habían antepuesto un ladrón y asesino á Jesús: y el robo, el saqueo y la matanza no cesaron hasta tanto que el ejército romano, que jamás se hubiera cansado de matar y saquear, no encontró en qué emplear su furor. Es el mismo judío Josefo quien lo dice.

Aun más, fueron también azotados por los romanos y expuestos á toda especie de vilipendios y tormentos, aquellos que habían obtenido de los mismos romanos que les fuera entregado Jesús después de azotado y sufrido los tormentos y ultrajes más ignominiosos. *Verberati, et ante mortem omnibus modis excruciatu*. Así lo refiere el mencionado Josefo.

Por fin, así fueron á su vez crucificados los que habían gritado: *Crucificalu, crucificalu*; y lo fueron hasta quinientos por día, y en un número tan exorbitante, que apenas se bastaba á hacer cruces y encontrar sitio para fijarlas. *Propter multitudinem, jam spatium crucibus deerat, et corporibus cruces*. Son astas terminantes palabras del judío, de Josefo.

Si los hijos de aquellos de cuya boca había salido la horrible blasfemia no hubieran perecido, pudieran por sí mismos ver á sus criminales padres suspendidos en el infame patíbulo, toda vez que habían pedido que la sangre de la víctima que inmolaron á su rabia, cayese sobre ellos y sus hijos; pues que apenas se habían pasado treinta y ocho años de tan horroroso atentado.

En un momento creí deber abstenerme de transcribir estos largos detalles, remitiendo á mis lectores al mismo historiador de donde se han extraído; pero consideré después que colocados por su orden en medio de los acontecimientos que les precedieron y subsiguieron, leídos seguidamente deberían producir una impresión muy diferente en el alma del que medita, en los hechos, y en el conjunto, sobre las miras y conducta de la Providencia... Continuemos, pues.

II

Después de la ruina de Jerusalén, los judíos que escaparon á las diferentes plagas con que fué castigada la ciudad, quedaron sometidos á la dominación romana hasta el advenimiento de Adriano al imperio. Habiendo determinado este príncipe levantar de nuevo los muros de Jerusalén, y autorizar en ella los diferentes cultos de las naciones, los judíos se manifestaron de contado los más solícitos en contribuir al éxito de esta empresa; pero seducidos muy pronto por el falso Mesías, llamado Barcochebas, se sublevaron, cometieron crueldades nunca oídas, atrayendo sobre sí la venganza más terrible de cuantas se mencionan en la historia, después de la tomada por Tito. Adriano acabó de destruir lo que Tito había dejado en pie de la antigua Jerusalén, y construyó sobre las ruinas de la ciudad de David otra ciudad á la que dió el nombre de *Ælia Capitolina*; prohibió la entrada en ella á los judíos bajo pena capital é hizo esculpir un cerdo sobre la puerta que conducía á Belén; sobre el monte Calvario hizo colocar la estatua de Venus, y sobre el lugar de la resurrección, la de Júpiter. San Gregorio Nazianceno asegura que los judíos tenían el permiso de entrar en *Ælia* una vez al

año, para llorar; y san Gerónimo afirma que se les vendía á peso de oro el derecho de verter lágrimas sobre las cenizas de su patria.

Según refiere Dión, quinientos ochenta y cinco mil judíos murieron en esta guerra promovida por Adriano; nuevecientos cuarenta y cinco entre villas y lugares fueron entregadas á las llamas; y multitud de esclavos de ambos sexos fué vendida en las ferias de Gaza y de Membré.

Adriano edificó su nueva ciudad precisamente en el lugar que hoy ocupa; y por un designio providencial, como observa Dubdán, encerró el monte Calvario dentro de las murallas. En la época de la persecución de Diocleciano el nombre de Jerusalén había caído de tal modo en olvido, que preguntado un mártir por el lugar de su naturaleza ante el tribunal romano, y respondiendo que había nacido en esta ciudad, creyó el magistrado que era Jerusalén una ciudad recientemente edificada por los cristianos.

A fines del siglo VII Jerusalén se llamaba aún Ælia, como puede verse en el viaje de Arculfo, en Adameno y en el venerable Beda.

En tiempo de los emperadores Antonino, Séptimo Severo y Caracalla, tuvieron lugar en la Judea algunos movimientos. Jerusalén, que en su vejez se había hecho pagana, reconoció al fin al Dios que había rechazado; cambio feliz experimentado cuando acaeció la conversión de Constantino. La ciudad volvió á tomar su nombre primitivo, y el de Ælia olvidóse al fin. Bajo las órdenes de Constantino y á las órdenes de su augusta madre, derribáronse los ídolos levantados sobre el sepulcro del Salvador, levantáronse magníficas iglesias cristianas: los fieles adquieren la libertad al Señor y Salvador del universo y los Santos Lugares fueron consagrados con los edificios que actualmente se admiran.

Abatidos los judíos con las pérdidas y desastres que Adriano les hizo sentir, no se atrevían á emprender cosa alguna, hasta que en 363 Juliano concibió el proyecto de reedificar el templo, para desmentir solemnemente las profecías de Jesucristo.

Entonces se reanimaron todas las esperanzas de los judíos. A invitación formal de aquel príncipe en una carta que escribió al cuerpo de la nación judaica, acuden de todas partes, y sin diferencia de sexo ni condición, empiezan la obra dirigidos por el Superintendente Alypio... Los hombres trabajaban en esta obra, nos dice la crónica, con azadones y palas de plata y las mujeres llevaban la tierra en la falda de sus más ricos vestidos. Mas todo esto fué en vano, pues Aquel cuyos oráculos y poder insultaban y desafiaba Juliano, no solamente hace ilusorios tantos esfuerzos, sino que los hace servir al puntual cumplimiento de la profecía. «Los fundamentos arrojan horribles globos de

fuego por medio de erupciones frecuentes, dice el historiador pagano Ammián; queman á los operarios, haciéndoles inaccesible aquel sitio, de suerte que obstinándose este elemento en rechazarles más y más, se tiene que abandonar la empresa». *No quedó piedra sobre piedra.*

Amiano Marcelino era un oficial del ejército de Juliano, y contemporáneo del hecho. Wagensell cita el testimonio de dos rabinos sobre el particular; el primero, que es R. David Gauz-Zemach, dice: «El emperador Juliano dispuso que se reedificase el santo templo con magnificencia, y proporcionó lo necesario para los gastos. Pero sobrevino un impedimento del cielo que obligó á cesar en el trabajo». El segundo, R. Gedaliah Schalschelet-Hakkabala, escribe: «Bajo el rabí Chanan y sus colegas, hacia el año 437 del mundo, traen nuestros anales que hubo un grande terremoto en el universo que derribó el templo que los judíos habían edificado á toda costa en Jerusalén por orden del emperador Juliano el Apóstata. Al siguiente día cayó mucho fuego del cielo que derritió los fundamentos de este edificio, y quemó un grandísimo número de judíos». El mismo Juliano, según la colección de sus obras, hecha por Spanheim, cuando habla de los judíos, se expresa así: «¿Qué dirán ellos de su templo, cuando después de haber sido destruido tres veces, no ha sido todavía reedificado? Por esto no es mi ánimo infamarles, porque yo mismo he querido reedificar este templo tanto tiempo hace arruinado; en honor del Dios que era en él invocado». No hay que extrañar oculte el acontecimiento que se lo impidió.

Tres Santos Padres de la Iglesia, contemporáneos de Juliano, refieren el milagro como un hecho público y de nadie ignorado. Estos son: San Juan Crisóstomo, en sus homilias contra los judíos, que pronunció en Antioquía el año 387, esto es: veinticuatro después del acaecimiento. San Ambrosio, en 388, carta 40, recuerda este hecho al emperador Teodosio, para impedirle que obligara á los cristianos á construir de nuevo un templo para los paganos, y San Gregorio Nazianceno, en la oración cuarta lo refiere con todas las circunstancias.

Hallamos una sedición de los judíos en tiempo de Justiniano, el año 501 de Jesucristo.

Destinada á luchar siempre contra la idolatría y á vencer á las falsas religiones, Jerusalén fué tomada, el año 613, por Cosroes, rey de los persas, quien para vengar la muerte del emperador Mauricio, su bienhechor, asesinado por el usurpador Focas, penetró en el imperio y marchó sobre la Palestina. En este intervalo Heraclio destrona á Focas, le hace matar y pide la paz al rey de Persia, cuya respuesta consiste en apoderarse de Jerusalén, saquear é incendiar las iglesias, hacer

trizas de los sacerdotes, vender á los judíos noventa mil cristianos, los cuales fueron degollados, llevaron consigo los tesoros, vasos sagrados y el sacrosanto leño de la Cruz.

Después de largos combates y de frecuentes victorias, Heraclio obliga á Cosroes, en 627, á escaparse y buscar asilo en sus Estados, donde le destrona Siroes, su hijo mayor, el cual firma la paz inmediatamente y restituye la Santa Cruz, cuyo reintegro dió lugar á la fiesta anual de la *Exaltación de la Santa Cruz*, que la Iglesia celebra el día 14 de Septiembre.

Nueve años después, el califa Omar I, tercer sucesor de Mahoma, se apoderó de Jerusalén después de haberse apoderado sucesivamente de la Armenia, Mesopotamia, Fenicia y Siria. La Palestina y el Egipto se doblaron al yugo del vencedor. Para apoderarse de Jerusalén le costó cuatro meses de sitio.

En la misma Ciudad Santa, en 643, murió Omar asesinado de un navajazo por un esclavo persa.

El establecimiento de muchos califatos en Arabia y en Siria, la caída de la dinastía de los Omníadas y el entronizamiento de la de los abasides, llenaron la Judea de agitación y calamidades por más de dos siglos. Ahmed, turco tolonida, que de gobernador de Egipto habíase convertido en su soberano, conquistó á Jerusalén en 968, pero habiendo sido derrotado su hijo por los califas de Bagdad, la Ciudad Santa volvió al poder de éstos el 905 de nuestra era. Otro turco, llamado Mahomet-Ikschid, habiéndose apoderado á su vez del Egipto, llevó sus armas fuera de él y sometió á Jerusalén el año 936 de Jesucristo. Los fatimitas, abandonando los arenales de Cirena, en 968, expulsaron á los Ikschiditas del Egipto y conquistaron muchas ciudades de la Palestina. Otro turco, llamado Ortok, favorecido por los seljocidas del Alepo, se hizo dueño de Jerusalén, en 984, y sus hijos le sucedieron en el trono. Mostali, califa de Egipto, obligó á los Ortokidas á salir de Jerusalén. Haquem, sucesor de Aziz, segundo califa fatimita, persiguió á los cristianos en Jerusalén, en 996. Este califa murió en 1021. Meleschah, turco seljocida, tomó la Ciudad Santa, en 1076, é hizo talar todo el país. Los Ortokidas, que habían sido expulsados de Jerusalén por el califa Mostali, volvieron á ella y se sostuvieron contra Raduán, príncipe de Alepo, pero fueron expulsados de nuevo por los fatimitas, en 1076, y éstos reinaban aún cuando los cruzados se presentaron en las fronteras de la Palestina.

Como se ve, desde mediados del siglo séptimo hasta los años posteriores del undécimo, la Palestina gemía oprimida bajo la dominación

mahometana, siendo víctimas sus habitantes de la miseria, de la anarquía y de toda suerte de vejaciones. La erección de muchos califatos en la Siria y Arabia, las frecuentes guerras entre las diferentes dinastías, las alternativas de derrotas y triunfos; perpetuaban las turbaciones y desórdenes. Jerusalén cambiaba de dueño, sin mejorar de suerte; se multiplicaban las persecuciones contra los cristianos que la habitaban y contra los que de todas partes acudían en peregrinación. El Oriente ya no era bastante para saciar los furores de la media luna. El Occidente se veía amenazado de una inundación de bárbaros. La Europa se agitó, y á fin de prevenir el castigo, toma la cruz para volar al socorro de sus hijos y librar el Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo.

Parten los cruzados en los primeros días de la primavera del año de 1096, capitaneados por Godofredo Bouillon, duque de la baja Lorena, á quien siguen sus hermanos Eustaquio y Balduino, y con ellos los caballeros de las familias más ilustres. Un hombre corto de talla, de fisonomía común y hasta plebeya, vestido con una túnica de lana que cubre en su mitad con una corta capa, ocultando con este exterior grosero pensamientos elevados y nobles y un corazón grande, marcha á la cabeza, á pie descalzo y con el bordón en la mano. Este es Pedro el Ermitaño.

Algunos escritores han presentado las Cruzadas bajo un punto de vista odioso.

» Las Cruzadas no fueron locuras, diremos con Chateaubriand, ni en su principio ni en su resultado. Los cristianos no eran los agresores, pues si los vasallos de Omar, saliendo de Jerusalén, después de haber dado la vuelta á Africa, cayeron sobre Sicilia, España y Francia, donde fueron exterminados por Carlos Mertel, ¿por qué los súbditos de Felipe I, saliendo de Francia, no tendrían el derecho de dar la vuelta al Asia, para vengarse de los descendientes de Omar, hasta en Jerusalén? Ciertamente, es un magnífico espectáculo ver á estos dos ejércitos de Europa y de Asia marchar en sentido contrario al rededor del Mediterráneo, y encaminándose á la sombra de sus respectivas banderas á atacar á Jesucristo y á Mahoma, en medio de sus oradores. El que no vea en las Cruzadas sino unos peregrinos armados que corren á rescatar un sepulcro en Palestina, muestra una vista muy limitada en historia. Tratábase, no sólo del rescate de este sagrado sepulcro, sino también de saber si debía dominar la tierra un culto enemigo de la civilización, favorable por sistema á la ignorancia, al despotismo y á la esclavitud, á un culto que ha hecho revivir en las naciones modernas el genio de la docta antigüedad y abolido la ominosa servidumbre,